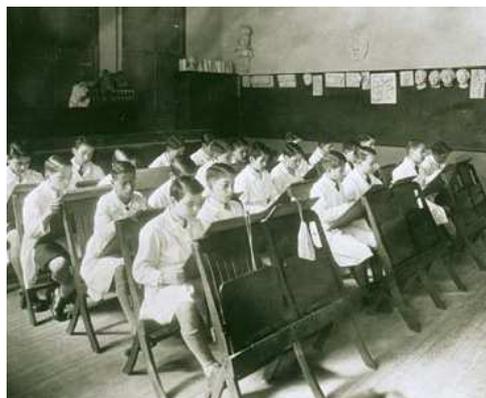


El cuaderno escolar

¡Muy bien 10 Felicitado!

Pablo Colotta*

En las primeras décadas del siglo XX, unas ciertas condiciones materiales (la baja del precio del papel y de los materiales de escritura) coincidieron con la preocupación de los pedagogos por la centralidad del trabajo de niñas y niños en las escuelas. La posibilidad de abandonar las pizarras y las cajas de arena, con las que los alumnos hacían hasta entonces la mayoría de sus trabajos de escritura, se concretó en el momento en que en la mayor parte del mundo comenzaron a hacerse oír las voces que criticaban la pasividad de las clases expositivas, y que recomendaban que el aprendizaje del niño estuviese más sostenido en su trabajo que en su escucha o en su memorización de los saberes. El “siglo del niño” comenzaba, y la oportu-



unidad de que éste se constituyera en el centro de la clase escolar era calificada de imostergable.

Al mismo tiempo, el crecimiento de los sistemas educativos empezaba a notarse, y eran cada vez más necesarias unas ciertas herramientas que permitiesen al maestro articular colectivamente los trabajos de un grupo de alumnos cada vez más numeroso, pero sobre todo que permitiese también a los organismos de supervisión y control de los sistemas coordinar y vigilar la tarea de escuelas muy alejadas entre sí y que actuaban en condiciones muy diferentes.

En este escenario, maestros y pedagogos de izquierda y de derecha; conservadores, reformadores y revolucionarios; pensando en escuelas rurales o urbanas, populares o elitistas; de orientación profesional, científica o humanística; postularon la necesidad de que alumnas y alumnos realizaran y compilaran los trabajos producidos en las escuelas, en uno o varios cuadernos.

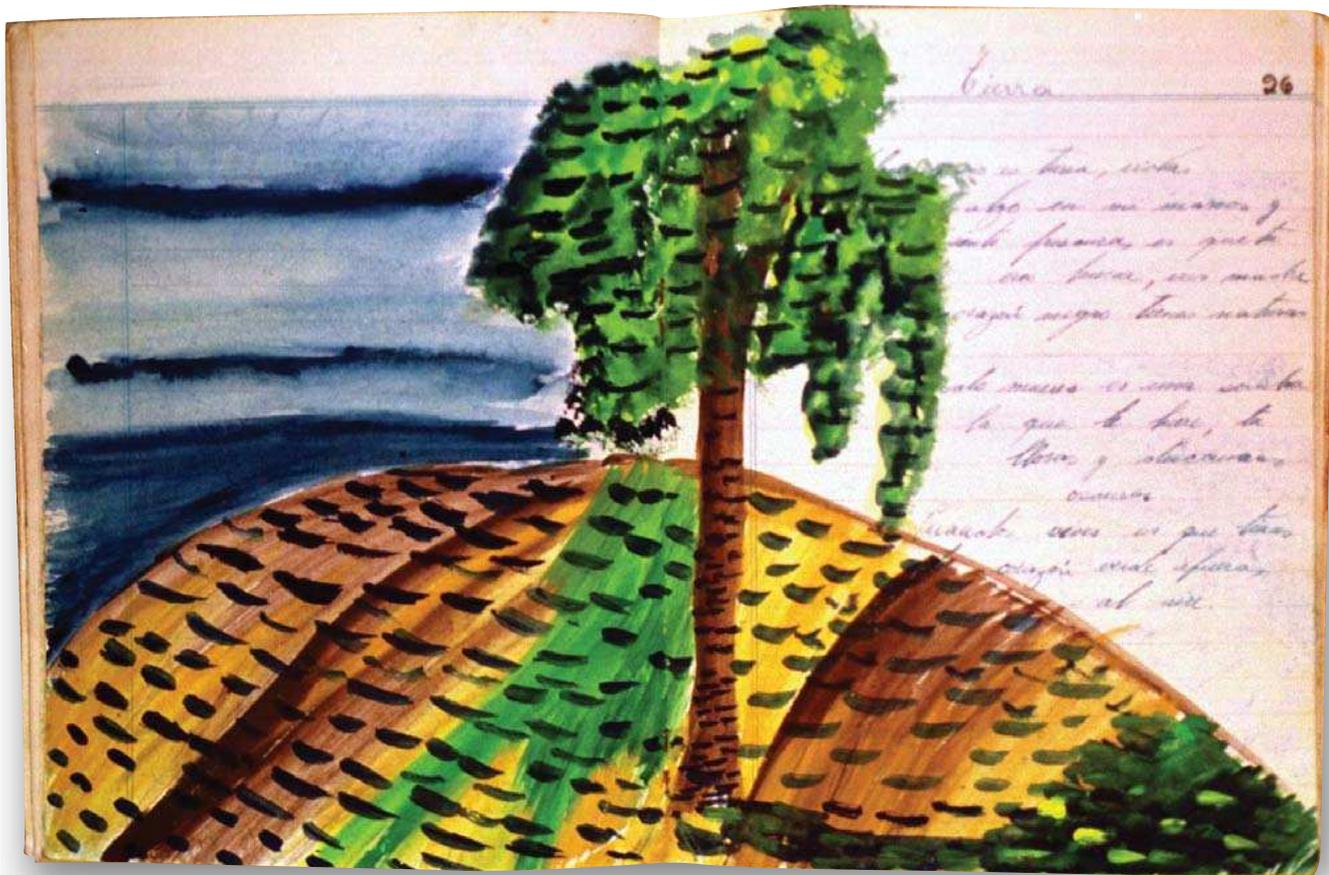
Los cuadernos se constituyeron, así, en una herramienta de escritura que hizo posible adaptar una práctica colectiva a los requerimientos particulares de un individuo; y también permitió

el proceso contrario: la articulación de un conjunto de prácticas individuales para que cada una de ellas adquiriera sentido en función del conjunto.

Devenido herramienta comunicativa, con una función muy clara en la relación entre la familia, la escuela y el sistema, el cuaderno comenzó a reflejar además de la voz del alumno, la del maestro o la maestra que, a través de sus correcciones y recomendaciones deja un rastro indeleble de sus preocupaciones pedagógicas y de sus recursos didácticos, y de la relación entre estos y la biografía escolar del estudiante.

Podemos clasificar estas intervenciones en tres categorías. Una de las más usuales es la *corrección ortográfica*, tanto más significativa cuanto más ajena sea la actividad a la enseñanza de la ortografía. El profundo celo por las reglas de correcta escritura hace que “se bajen puntos por faltas” cuando la tarea en cuestión es una lección de biología o un problema matemático.

Otra corrección típica es la *calificación*, al punto de que el **Muy bien 10 felicitado** se ha instaurado en el lenguaje como un lugar común de la tarea bien hecha. Sin embargo, otra vez, los datos más interesantes los



dan las correcciones; una apreciación como **Debes esforzarte más** denota la forma en que el docente establece relaciones entre la dedicación del alumno y su rendimiento, e indicaciones como **Mejora tu caligrafía** o **¡Debes prestar más atención!** dan cuenta, respectivamente, de las prioridades a la hora de enseñar, o de los diagnósticos que hacen los docentes acerca de las causas de los errores de los alumnos.

Más interesantes son las *correcciones conceptuales*, en las que maestras y maestros completan o ajustan la precisión con la que los alumnos plasman los saberes en el cuaderno. Muchas

veces, es a través de este tipo de correcciones que los historiadores reconocen cuando el texto de la lección ha sido dictado, resumido de un manual o redactado por el alumno, y por lo tanto pueden elaborar hipótesis acerca de la relación entre los usos escolares de la cultura escrita y la metodología didáctica utilizada.

A través de estas intervenciones del maestro, los cuadernos pueden revelar las motivaciones pedagógicas de los maestros y sus mecanismos de transmisión, aunque es importante tener en cuenta que no pueden dar cuenta de su eficacia; esta debe indagarse comparando los

datos que surgen de los cuadernos con otras fuentes, para no confundir la enseñanza, o la acción del maestro, con el aprendizaje. La búsqueda de lo que efectivamente se ha transmitido no culmina al verificar la presencia de ciertos saberes y de ciertas prácticas escolares en los cuadernos, sino que es allí precisamente donde comienza.

*Universidad Nacional de Luján y Universidad Nacional de Educación a Distancia, España.